AFUERINOS

Daniel Villalobos J.

1

La primera noticia que se tuvo del asunto fue la llegada de un largo convoy de camiones militares a este pueblo perdido en la costa. A media mañana del primer día, Gustavo, el chico del kiosco, vino a contarme al bar que se había instalado un campamento cerca de la playa, que un telescopio estaba montado en la cumbre del cerro y que había prohibición para los pescadores de mover sus botes más allá de la caleta. Le dije que debía ser un curso especial del servicio o algo así.

Sólo dos horas después se supo la verdad. Y era una verdad tan extraña, tan fuera de lo habitual, que todo el pueblo, dos mil quinientas sesenta y cinco personas se apretaron en el gimnasio municipal para escucharla de boca del alcalde y el militar a cargo del convoy.

-Desde ahora, este pueblo está bajo control de nuestra unidad- gritó el oficial Ustedes hagan su vida normal, pero nadie puede abandonar el lugar sin autorización.

-Es sólo temporal- aclaró el alcalde, uno de mis mejores clientes. -Este pueblo y todos ustedes- prosiguió el militar sin registrar la interrupción- han sido escogidos para formar parte de un hecho histórico. Dentro de nueve días, aquí ocurrirá el primer contacto entre seres humanos y visitantes de otro planeta.

No podía creerlo. Bueno, nadie podía creerlo. De hecho, el gimnasio tuvo que ser desalojado a culatazos mientras el alcalde trataba de explicar que esto no era culpa del ejército, que los propios visitantes habían elegido el pueblo.

2

En el bar no se habló de otra cosa. Con Nicolás nos turnamos para atender a los borrachos de siempre y a otros que cayeron en el vicio durante la espera, aterrados ante la idea de ser invadidos o diseccionados por inimaginables monstruos en naves espaciales.

-Rodearon el pueblo con alambres y nadie puede salir ni entrar si no tiene un pase, y a dolía Marta, del restaurante, tuvieron que llevársela al hospital porque le dio un ataque de pánico... - decía Juan Carlos, el fotógrafo del pueblo, a quien le requisaron todo el equipo cuando ya soñaba hacer el negocio del siglo.

-En las noticias nacionales no ha salido nada sobre esto - dijo Gustavo.

-Mi sobrino fue el otro día a buscar una red a la desembocadura del río y lo hicieron volver a punta de fusil - dijo Mardones, uno de los patrones de la caleta

-Cortaron el teléfono y hace tres días que no me llegan los diarios - explicó Gustavo, obsesionado con la incomunicación.

-Quizás va a ser bueno - dijo Nicolás - Puede que sean alienígenas pacíficos. -Claro - lo apoyé.

-Ustedes no deberían hablar de lo que no saben -dijo Mardones - . Los dos son unos afuerinos. ¿Cuánto tiempo lleva usted en el pueblo, Nicolás?

-Tres años.

-Entonces no se ofenda, pero mejor sería que se callara y escuchara a la gente que sabe. No es la primera vez que pasa esto.

-¿No? - preguntamos todos. El bar se quedó en silencio. -Cuatro años atrás, todos los que estábamos en la playa una noche vimos caer una bola envuelta en un fuego azul. Cayó y cayó durante un rato muy largo, como si estuviera hecha de papel. Después se hundió en el mar y durante toda esa noche el agua brilló en la oscuridad y los peces que sacamos en las redes venían muertos y con la piel negra.

3

-No hable de esas cosas, Mardones - dijo el alcalde, que estaba sentado en un rincón, tomando una botella de vino con su hermano Alguien podría pensar que son ciertas.

-Usted estaba ahí, don Fernando - dijo Mardones. -No me acuerdo - murmuró el alcalde, poniéndose de pie mientras dejaba el dinero en la mesa - Buenas noches a todos. Y no dejen que estas historias los pongan nerviosos. No hay nada de qué tener miedo.

Salió y por las ventanas del bar vimos cómo unos soldados se bajaban de un jeep y se acercaban a hablarle.

-Pobre don Fernando - se quejó Gustavo - Justo venir a pasar esto a dos meses de las elecciones.

-Yo lo votaría de nuevo - dije, retirando las copas de la barra - Es un hombre muy derecho.

-Es un mentiroso - dijo Mardones antes de tragar lo que le quedaba en el vaso - El estaba ahí con nosotros. Estoy seguro.

Alicia se acercó. Era enfermera del hospital y una de las personas que más nos habían ayudado a Nicolás y a mí a instalarnos en el pueblo cuando llegamos.

-Creo que lo mejor de todo esto - dijo, mientras buscaba en su cartera - es que esos provincianos que andan dando vueltas por ahí van a aceptar mejor a quienes son diferentes.

Pagó y se fue. Yo sabía que Nicolás me estaba mirando, pero algo me tenía nervioso y no lo miré de vuelta. Sólo Mardones encendió uno de sus cigarrillos baratos y gritó:

-A ver si algún día esa flacuchenta me invita a conocer sus diferencias.

Esa fue la segunda noche. Al salir a la calle en la madrugada, Nicolás me indicó unas luces en el cielo. Eran amarillas y se movían rápido y a baja altura. Cruzaron el pueblo hacia el norte y después volvieron otra vez. Las miramos durante una hora, tratando de saber qué eran. Así nos encontró una patrulla militar.

-Sus cédulas - nos dijo uno de ellos. Las miró a la luz de su linterna.

-Todo en orden. Ahora les voy a pedir que se vayan a su casa. Tenemos que detener a cualquiera que encontremos en la calle de noche. -¿Es un toque de queda? - pregunté.

-No, por supuesto que no. Pero tenemos que estar atentos. ¿Fueron a la reunión de gimnasio?

-sí.

-Entonces ya saben.

Me pregunté qué era lo que sabíamos, pero justo en ese momento las luces volvieron a acercarse desde el norte, rugiendo en el ciclo. Esta vez una de ellas se desvió y fue hacia la costa. El militar rió y le dijo al conductor de] jeep:

-Ya se anda luciendo de nuevo Galíndez. Espérate que lo pille mi coronel.

El cuarto día hubo una pelea en el bar. Mardones y Gustavo se agarraron a puñetazos después que el patrón le dijera a Gustavo que los extraterrestres seguramente violarían a todas las mujeres, incluyendo a su esposa. Se golpearon durante un buen rato sin que nadie hiciera nada para detenerlos, como si la imagen de ellos dos sangrando y cayendo fuera igual de común que cualquier otra. Simplemente los miramos hipnotizados, atentos a cómo cada nuevo golpe iba amoratando otro pedazo de piel o haciendo saltar un poco más de sangre. Se pegaron hasta que Mardones cayó y no pudo ponerse de pie. Gustavo lo miró un rato desde arriba, tembloroso y pálido, y luego se puso a llorar.

Al fin reaccionamos y le pedí a Nicolás que llevara a Mardones al hospital en mi auto. Cogí a Gustavo de un brazo y lo empujé al hediondo y húmedo baño del local. Saqué un botiquín que tenía bajo la barra y le limpié lo mejor que pude la sangre en la cara y en las manos.

-Gracias.

-De nada.

-Néstor.

-Qué.

¿Qué pensarán los extraterrestres de nosotros? ¿Les caeremos bien? ¿Nos irán a dominar porque vamos a ser como insectos para ellos"

-No lo sé. Pero a lo mejor para ellos no somos nada más que un montón de bichos raros y violentos. Que se pelean por la tierra, que se matan por nada, que viven con miedo, que no toleran lo nuevo o lo extraño a menos que les traiga algún beneficio. Unos bichos que se creen los dueños de todo, pero que nunca han salido de su planeta.

-Fuimos a la luna.

-Oh, sí. Qué gran viaje.

-Y mandamos ese satélite. ¿Cómo se llama? Ese que lleva el saludo e la humanidad a otras galaxias.

-Se llama el Voyager.

-¿Cómo sabes si lo que va a pasar es porque se encontraron con l?

-Sí, cómo sabes- después de eso me quedé callado un rato, pensando en mis asuntos.

Pero Gustavo volvió a la carga.

-¿Tú crees que si llegan los extraterrestres van a violar a todas las mujeres? ¿,Qué nos van a invadir? -No lo sé.

-Pero a ti te alegra que vengan.

Dejé de limpiarle la nariz con alcohol.

-¿Por qué dices eso'?- bajé el algodón. No quería que viera el temblor de mis manos.
-Por lo que dijo la Alicia la otra noche. Eso de aceptar a la gente diferente.

-¿Cómo?

-Diferentes como tú y el Nicolás, me refiero. Homosexuales. Lo miré un segundo.

-¿,Quién dice que somos homosexuales?

-Todo el mundo. Siempre andan juntos, viven en la misma casa, nunca les han conocido alguna pareja. A mí no me importa, si me preguntas.

-No te pregunto nada. Estás listo. Ándate a tu casa. -Espero que no te hayas ofendido.

-No. Hasta mañana.

Cerramos el bar a las tres. Los clientes se fueron en silencio, cuidando de no hacer algún ruido que pudiera atraer la atención de las patrullas. Le conté a Nicolás lo que me había dicho Gustavo. Miró por la ventana del bar. Después murmuró:

-¿Tienes miedo?

-Un poco.

-Yo también.

Al siguiente día fuimos a la playa. El campamento no era más que una docena de enormes carpas verdes y un cobertizo construido con madera sin elaborar. Los camiones entraban y salían de la playa, cargando soldados silenciosos y mortalmente serios. No me parecieron simples conscriptos. Más bien parecían veteranos que regresaban de una larga campaña en una tierra lejana.

-Néstor - me llamó el alcalde desde un jeep - ¿Qué andan haciendo acá? Los pueden detener si los ve el coronel.

-No sabía que era delito pasear por la playa.

-Esta playa ahora es un área restringida. Están colocando unos aparatos muy delicados en la arena. Y también tienen que preparar muchas cosas para el fin de semana. Acuérdate que es la noche del sábado.

-Supongamos que yo no quisiera venir ese día...

-Bueno, nadie te puede obligar. Pero no puedes salir del pueblo. Te van a detener si tratas de irte. Pero si te quedas en tu casa, no hay problema. Me tengo que ir. Nos vemos.

-Una pregunta.

-Lo que quieras, hombre.

-¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué no podían avisarle a todo el mundo y que el pueblo se llenara de gente? ¿No habría sido mejor?

-Habría sido infernal. Y se hubieran necesitado más soldados y más restricciones. Yo no soy muy inteligente, y ni siquiera pasé por la universidad, pero sí sé que en cosas así la gente necesita el orden. Los límites. Si no se vuelven locos. Yo recuerdo la noche que cayó la bola azul al mar. Encendieron fogatas en la playa y se emborracharon. Gritaban que era el fin del mundo. Con los carabineros y la gente del hospital acarreamos tipos intoxicados hasta el otro día. Y fue una semana en que

apenas se trabajó, en que nadie estaba en su casa, porque todos pasaban la noche en la playa. Hubo que pagarle a los pescadores para que se atrevieran a salir después de esa noche.

-Pero usted tampoco sabe qué va a pasar el sábado. -Eso no importa. Me voy a sentir satisfecho con que la gente no se vuelva loca.

Nicolás, que había ido hacia una de las carpas, volvió escoltado por dos soldados con metralletas.

-¿Este joven anda con usted?

-sí.

-Tienen que irse. Por órdenes de mi coronel el acceso a la playa está restringido. -Ya me lo dijeron.

En el camino al pueblo, Nicolás me contó que en la carpa habían armas, televisores y muchas, muchas cámaras de video. También unas antenas de radio.

El resto de las noches hasta el sábado fueron similares a las primeras. Sólo aumentó el temor y las maneras de librarse de él. Los clientes llevaron un juego de dardos al bar y, aunque no me pareció gracioso, pusieron la caricatura de un alien (cabeza abombada, piel gris, ojos almendrados y enormes) como blanco.

-Diez puntos la cabeza, veinte puntos la boca y cincuenta puntos entre los ojos - gritaba Mardones.

También comenzaron a aparecer las armas. A escondidas de j alcalde -a quien ya todos veían como un colaborador de los soldados en el bar se intercambiaba dinero o joyas por revólveres, escopetas, municiones y hasta una granada de mano que un pescador había robado durante su servicio militar.

Fue la mejor temporada para el negocio. Por más que bebieran, ninguno de los clientes conseguía emborracharse. Sólo iban quedando cada vez más silenciosos, con la mirada vidriosa y la mano agarrada al vaso vacío, hasta que yo aplaudía pidiendo que salieran.

El sábado los camiones militares se estacionaron afuera de j gimnasio, para que quienes lo desearan se fueran en ellos a la playa. Con Nicolás preferimos caminar. La gente se había vestido como para la iglesia. Hasta Mardones tenía puesta una corbata y se había peinado con gomina. Nos cruzamos en la plaza y le dediqué una mirada irónica, pero giró la cabeza y evitó el contacto visual. También estaba nervioso.

La playa fue llenándose de gente durante la tarde. El cielo estaba más azul que nunca y el sol caía duro sobre las cabezas. Incluso hubo un par de desmayos que fueron atendidos por la gente del hospital, que habían montado su carpa blanca cerca del cobertizo militar. Al atardecer, dos helicópteros cruzaron sobre nosotros en dirección a los cerros.

-¿Cuál de ellos será Galíndez? - me preguntó Nicolás. -Debe haberse uedado en tierra hoy día.

-Néstor - me tocó el brazo - ¿qué crees que va a pasar? -No tengo dea. A lo mejor nada. A lo mejor todo. -¿Tienes miedo?

-Estoy cagado de susto.

-No digas garabatos.

Me miró, sorprendido. Después se rió.

-Todo se pega cuando uno es afuerino.

-Ya veo. Qué bueno que me hayas contado. Así no me siento tan solo.

Se hizo de noche rápidamente, pero antes hubo una bella puesta de sol a la que nadie prestó atención salvo yo. Por un minuto, fue como si todo el mar estuviera en llamas, como si uno pudiera saltar a las olas y encenderse con ellas, y arder y arder hasta consumirse y ser uno con el agua.

Todos comenzaron a mirar al rincón del cielo donde las estrellas estaban apareciendo. No había luna. Busqué a Venus y al no encontrarlo pensé que era una mala señal, pero traté de conocer e en otra cosa. Un rato después se encendieron fogatas para combatir el aire frío que venía del sur. Así pasaron dos horas.

Cuando por fin sucedió Nicolás no estaba cerca de mí, pero supongo que reaccionó en forma parecida. Sin pánico, pero fascinado. Porque lo que ocurrió fue un repentino estallido en un sector del cielo, como si una puerta se hubiera abierto entre las estrellas. Algunos lloraron, unos cuantos entraron corriendo al mar y se sumergieron bajo las olas. Y luego una luz, una enorme y brillante luz se movió desde un punto más allá de la línea de las olas hasta flotar sobre nuestras cabezas. Y esa luz brilló y brilló, cambiando del blanco al amarillo, y al rojo y luego al rosado, hasta que bruscamente se apagó y entonces alguien creo que fue Gustavo- iluminó el cielo con una bengala. La pequeña lucecita ardiente subió lentamente, y a medida que lo hacía, todos vimos lo que flotaba sobre nosotros. Ese fue el instante en que se hizo el silencio. Un silencio total, un silencio que parecía dominar el ruido de las olas y las carreras de los soldados, naciendo desde eso que nadie podía dejar de mirar. Hasta que el silencio se rompió.

-¡Es un globo! ¡Un globo! - gritó la voz sin cuerpo de Alicia.

La canastilla estaba suspendida a menos de veinte metros sobre nuestras cabezas. Alrededor de ella había una serie de reflectores y tubos humeantes, mientras los hombres de a bordo intentaban hacer que el globo se elevara de nuevo.

Lo que vino después fue confuso. Primero se escucharon los gritos de desilusión mezclada con rabia. Después alguien atacó a un soldado. Y vino el desbande y el caos en la oscuridad. Me moví lentamente entre los insultos y unos disparos

aislados, como truenos en la noche. Los militares desalojaron la playa, y con Nicolás y otros tuvimos que correr hacia las dunas y caminar una hora dando un rodeo para volver al pueblo. Ese amanecer escuchamos pasar en rápida sucesión los camiones hacia la salida del pueblo, y luego, al final, la camioneta del alcalde.

Todo comenzó a aclararse con el paso de las horas, cuando el teniente a cargo del retén informó que todo había sido un montaje con fines científicos, un proyecto del que nadie podía hablar, un secreto absurdo que el pueblo -Nicolás y yo estábamos seguros conservaría para sí como una vergüenza colectiva. El alcalde, único entre nosotros que sabía la verdad, renunció a su cargo sin volver al pueblo y gente anónima quemó su casa una semana después de todo esto que he contado.

Durante dos o tres semanas las noches fueron muertas en el bar. El pueblo decidió encerrarse en sus casas al atardecer, tal vez como una extraña manera de hacer borrón y cuenta nueva. Alguien se mató, pero no recuerdo su nombre. Tampoco importa. Ayer Nicolás cerró el bar y pasó a decirme que lo acompañara a la bodega, como lo había hecho siempre antes de la llegada de los soldados. Nos encontramos frente a la mesa llena de cables y circuitos.

-Bueno -dijo él.

-Bueno- dije yo.

-A seguir esperando.

-Supongo.

Entonces encendimos el rudimentario equipo y volvimos a emitir, como cada día, una señal en un código inimaginable para los habitantes de la Tierra, Lo hicimos con la esperanza de que, a trescientos años luz de aquí, en un planeta desértico que no conoce los atardeceres porque está en un sistema con dos soles gemelos, alguien la reciba y pueda poner en marcha de una vez por todas una misión de rescate.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar